
Acostumbrarse a vivir en el infierno: una reflexión sobre *Los ejércitos*, novela de Evelio Rosero

Getting Used to Living in Hell, a Reflection on Evelio Rosero's
novel *Los ejércitos*

JORGE MALDONADO

Universidad Sergio Arboleda, Colombia
joalma2000@gmail.com

Resumen: La novela *Los ejércitos* (2007) del escritor Evelio Rosero, marca un hito en la historia de la literatura colombiana. Rosero desarrolla el tema de la violencia desmedida y anónima que azota al pueblo de San José, en el que ocurren todo tipo de crímenes sin nombre. Este artículo se centra en la obra como ejemplificación de la realidad social vivida en numerosas regiones y pueblos de Colombia ajenos a las preocupaciones de un Estado fallido o incluso inexistente, en los que se suman víctimas de todo tipo de criminales y en donde la pertenencia a uno u otro ejército –ya sea oficial, guerrillero, paramilitar o de delincuencia común organizada– deja una estela de muerte y sufrimiento. En particular, se explora el drama de la desaparición forzada, práctica criminal frecuente en la guerra interna colombiana y responsable de más de 150,000 víctimas a lo largo de este conflicto.

Palabras clave: Colombia, violencia, desaparición forzada, conflicto armado, realidad social, novela, literatura

Abstract: The novel *Los ejércitos* (The Armies) by writer Evelio Rosero, published in 2007, marks a milestone in the history of Colombian literature. In its pages, Rosero develops the theme of excessive and anonymous violence that plagues the town of San José, where all kinds of unnamed crimes occur. This article focuses on the novel as an example of the social reality experienced by many villages and regions of Colombia, oblivious to the concerns of a failed or non-existent State, where the number of victims at the hands of all kinds of criminals grows incessantly, and where belonging to one army or another—whether official forces, guerrillas, paramilitaries, or organized common criminals—leaves a massive trail of death and suffering. The article explores, in particular, the drama of forced disappearance, a common criminal practice in the Colombian internal war responsible for more than 150,000 victims during the years of this conflict.

Keywords: Colombia, Violence, Forced Disappearance, Armed Conflict, Social Reality, Novel, Literature

Recibido: septiembre de 2024; **aceptado:** octubre de 2024.

Cómo citar: Maldonado, Jorge. "Acostumbrarse a vivir en el infierno: una reflexión sobre *Los ejércitos*, novela de Evelio Rosero". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 48 (2024): 6-19. Web.

Hubo doce muertos. Fueron doce. Y de los doce un niño.
No demoran en volver, eso lo sabemos,
¿y quiénes volverán, no importa, volverán?
Evelio Rosero, *Los ejércitos* 160

No podemos resolver un problema si no lo comprendemos a profundidad y hacerlo implica verificar sus antecedentes y consecuencias como un todo. Para comprender verdaderamente la literatura sobre la violencia, se requiere estudiarla en sus contextos más dispares y heterogéneos como lo propone Chihaiia, quien plantea que el aparato teórico para el entendimiento de la violencia debe derivarse directamente de la violencia como tal. Este es precisamente el paradigma a partir del cual se analiza la novela *Los ejércitos* (2007) del colombiano Evelio Rosero.

El proceso creativo implica un análisis y un acercamiento multidireccional que permite la interacción entre diferentes áreas del conocimiento y distintos actores –tal como apuntan Rothberg, Sznajder y Levy– en relación con la determinación que puede tener una sociedad de contar sus traumas y de establecer las fases de narración para posibilitar la consolidación de múltiples perspectivas, empezando por la de las víctimas hasta lograr la inclusión de las de todos los implicados (ver Spiller y Schreijäck 242-244). La obra de Rosero cumple cabalmente esta función, en tanto que permite una mirada –ni romantizada ni exagerada– del drama de miles de colombianos víctimas del conflicto armado.

Resulta fundamental para este trabajo comprender el valor de las expresiones literarias sobre determinados fenómenos y, en este caso, parafraseando a Spiller y Schreijäck, partimos de que la literatura “contribuye a desarrollar sensibilidades, aptitudes sociales y especialmente la empatía” (250) al permitir el reconocimiento de los aspectos compartidos de los acontecimientos propios con los ajenos, para entender y procesar el pasado. Es esa cotidianidad de la guerra, de un conflicto sin nombre –que bien conocen los colombianos– lo que Evelio Rosero presenta en su novela *Los ejércitos* y que analizaremos en los próximos apartados. Es importante aclarar que la novela se toma como excusa para realizar una crítica social con respecto al problema de orden público que vive la sociedad colombiana. Se sigue como ejemplo el análisis de Padilla, quien afirma sobre los personajes representados en la novela: “Por encima de la pura representación de la guerra, Rosero representa el estado mental, la forma de sentir, la manera cómo viven los colombianos la guerra” (122). En otras palabras, la forma en que los personajes de la novela se construyen nos permite observar las prácticas individuales y colectivas relacionadas con la guerra que se manifiestan en la sociedad colombiana. Para el presente artículo, también los personajes y el espacio ficcional se convierten en una ventana de la sociedad colombiana.

En este sentido, la violencia en la narrativa colombiana de los últimos setenta años es, más que un tema, un punto de convergencia en el que se reúnen y decantan muchas expresiones narrativas. Esta situación, lejos de ser gratuita, es la consecuencia natural de un fenómeno político y social que ha caracterizado a

la nación suramericana desde la primera mitad del siglo XX y que ha matizado la cotidianidad de sus habitantes en estas largas décadas que van desde 1930 hasta el presente. Sin embargo, la narrativa de Rosero no se queda en la mera presentación del conflicto, sino que trasciende hacia el universo psicológico de sus personajes, ya que después de una primera lectura, el lector puede darse cuenta de que no está leyendo a sujetos completos, sino a conciencias enfermas y acosadas por el conflicto.

Es imprescindible tener en cuenta que el conflicto armado colombiano es muy particular en el continente. Esto no se debe a su naturaleza u origen, pues en todos los países de la región se mantienen los mismos problemas de inequidad social o escasa cultura política; sino a la variedad de actores y expresiones violentas que lo caracterizan. Desde el inicio del siglo XX, Colombia ha vivido un *continuum* de conflictos sociales y políticos. Al respecto, llama la atención la cantidad de actores de su conflicto social interno y cómo su accionar ha mantenido al país en una situación de “guerra civil” no declarada durante esos largos años. Dicha situación no puede ser pensada como un asunto coyuntural, pues responde a unas dinámicas más complejas y profundas que no pueden ser comprendidas exclusivamente desde una mirada causal. Para su entendimiento hay que echar mano de alternativas conceptuales como el polilogismo de Spiller y Schreijäck, el cual permite explicar tanto la particularidad del conflicto colombiano como la suma de problemas estructurales producto de una conformación singular del Estado –su naturaleza, evolución y afectación es distinta a la de otros países de la región– como la de las representaciones estéticas, narrativas y literarias que modifican sus actores y sus dinámicas en consecuencia. Spiller y Schreijäck son claros al afirmar: “Para muchos colombianos la violencia es una experiencia biográfica, un trauma, a menudo ni consciente ni elaborado, que sigue siendo una realidad cotidiana” (244).

Por su parte, Daniel Pécaut y la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), indican que el conflicto está constituido por un sinnúmero de actores que le suman complejidad. Estos actores son paramilitares y autodefensas de distintos tipos, guerrillas de izquierda y derecha, grupos de crimen organizado, bandas delincuenciales emergentes, exguerrilleros y exparamilitares desmovilizados (pero convertidos en criminales en lo que se denomina “violencia desorganizada”), e incluso, en algunos casos, actores armados del Estado, como el Ejército, la Policía o cualquier modalidad de la fuerza pública (ver Pécaut, “Una lucha”; Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas).

A lo dicho por Pécaut y la CHCV con respecto a los actores de la guerra, se le suma una población multiétnica y multirracial, cuyas comunidades más vulnerables son las afrocolombianas y las indígenas, seguidas de las poblaciones de campesinos, agricultores y pequeños ganaderos. Todas las anteriores han sido asoladas por grupos armados ilegales, el narcotráfico, la lucha por la tenencia de tierras y la pobreza, por lo que tenemos entonces el cóctel perfecto para alimentar la violencia. Los distintos grupos de violencia son incluso vectores de más violencia al interior de comunidades rurales pobres del país y de algunas de sus ciudades. En palabras de Romero: “[la colombiana] era una sociedad anónima instalada precariamente al lado de la otra como un grupo marginal” (400).

Esta idea de marginación social, ligada al espacio geográfico que ocupan los grupos vulnerables, propulsó un imaginario en el que la pobreza era la condición de homogeneización social y, por tanto, la moral podía relajarse. Así surgieron prácticas criminales para resolver carencias particulares que se naturalizaron como apropiadas: el secuestro, la extorsión, el robo y el dinero fácil se convirtieron en salidas adecuadas y facilitadas por muchas familias y vecinos que en otras circunstancias no las habrían contemplado como posibilidades para salir de la pobreza o simplemente escapar del hambre.

Con respecto al costo en vidas humanas del conflicto, Pécaut indica que, entre 1985 y 2015, hubo alrededor de 440,000 víctimas; entre 1946 y 1964, otras 260,000 y, durante la década de los setenta, aproximadamente 350,000 (ver Pécaut, *La experiencia* 12-13). Es decir, que en los últimos cincuenta años de conflicto ha habido más de 800,000 muertes, cifra que supera el total combinado del resto de los demás países de América Latina durante el mismo periodo. También afirma Pécaut que en 1980 se dio paso a un nuevo marco de violencia y, para esa época, la tasa de muerte llegó a 80 por cada 100,000 habitantes, por lo que Colombia se transformó en un país con un alto índice de violencia, superado únicamente por aquellos países que se consideran en estado de guerra abierta (ver *La experiencia* 13). Estas cifras difieren de las presentadas por Francisco Gutiérrez, donde se habla de cerca de un millón de víctimas civiles, dato tomado del Registro Único de Víctimas (RUV) (ver Gutiérrez).

Por su parte, el número de homicidios de carácter político es bajo, ya que no sobrepasa el 6 o 7 % del total de las muertes. En comparación, el número de homicidios producto de la violencia desorganizada –delincuencia común, riñas, ajustes de cuentas, sicariato, entre otros– corresponde al 85 % del total. Las consecuencias sociales de este fenómeno no se han terminado de estudiar y las secuelas de semejante trauma apenas explican otros fenómenos de las diversas violencias que la literatura cuenta fragmentariamente.

Tal como lo sugiere Pécaut, la violencia no es una situación circunstancial en este país: es permanente y se convierte en una realidad cotidiana para casi todos. Si bien en 1991 se proclamó en Colombia una nueva constitución que estableció garantías a las libertades y a los mecanismos de participación, esto no redujo el conflicto; de hecho, algunos de los momentos más virulentos se dieron después de ese año (ver *La experiencia* 53).

En este sentido, Colombia es un país en guerra, y aunque su constitución política dicta que es un Estado social de derecho,¹ la situación real se aleja bastante de esa máxima. En este país, no solo funciona la idea del “sálvese quien pueda”, sino que los derechos de unos se convierten en las obligaciones de otros; y crímenes como el abuso de autoridad, la persecución y el expolio se

¹ En Colombia durante la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, se firmaron cerca de 12 acuerdos de paz con diferentes grupos armados al margen de la ley, entre ellos, destacan el primero firmado en 1984 con la guerrilla de las FARC, el cual fracasó y luego vinieron el del M19 en 1990, el del PRT, EPL y Quintín Lame en 1991. En 1994, se firmaron otros con grupos o frentes guerrilleros y, finalmente, durante 2016 se firma el acuerdo definitivo de desmovilización con las FARC. No obstante, aún hay muchos grupos ilegales alzados en armas y con gran influencia en el territorio.

suman a otros tantos de iguales características, como el asesinato por encargo o la violencia de género, por ejemplo.

El relato

Ismael, un anciano profesor jubilado y su mujer, Otilia, viven en un calco ficticio de cualquier pueblo colombiano llamado San José, que ha sido su pueblo de toda la vida y del que se resisten a partir, a pesar de la vejez y la soledad. A Ismael le gusta espiar a la mujer de su vecino, Geraldina, a quien busca siempre al otro lado del muro que separa sus casas, por lo que Otilia, su mujer, suele reconvenirlo, avergonzada.

Así transcurre la vida en el pueblo hasta que el ambiente idílico del pueblo se enrarece. Los habitantes de San José sienten miedo por las desapariciones de algunos familiares y vecinos, y parecen prever sucesos aún más graves. Una mañana, después de regresar de un paseo, Ismael es testigo-víctima de un asalto armado. El viejo profesor se percata de que unos hombres armados y uniformados se han llevado a sus vecinos, pero ahí no termina el desastre pues le cuentan que su mujer lo ha estado buscando e intenta dar con ella en vano: ella también ha desaparecido.

Los ataques continúan y, cuando los acontecimientos se precipitan y se desata la violencia, los supervivientes deciden huir antes que sea tarde. Ismael opta por quedarse en el pueblo devastado esperando infructuosamente a que su mujer vuelva. Durante esa espera interminable, Ismael es testigo de todas las formas de la espiral de violencia sin nombre que sufren los colombianos de las zonas rurales. El viejo profesor termina convirtiéndose en un sujeto espectral que no se sabe si está vivo o muerto y que cuenta la apocalíptica desaparición de su pueblo, San José, y la muerte, el asesinato o el desplazamiento del que serán víctimas sus habitantes. Como lo indica Padilla: “Así, sin grandes detalles, Rosero configura ‘un pueblo en un país en el suplicio’” (127). Y dicho suplicio es el generador del estado mental de sus personajes.

La violencia como acontecimiento cotidiano

Como lo afirma Sergio Rojas en una entrevista hecha por Franco Pesce, titulada sugestivamente “La voluntad de no entender”, la violencia como tema supone también una forma de contar y eso lo percibe el lector de *Los ejércitos*. Para empezar, el título ya muestra aquello que el lector encontrará en el desarrollo de la obra. Esta funciona como una tragedia, pues empieza con orden y termina sin él: la narración inicia en el placer edénico del jardín en el que un viejo profesor –Ismael– recoge frutas en un cesto y observa a su vecina semi-desnuda tomando el sol. En ese jardín original, huele a naranjas y hay música y parloteo de guacamayas en un ambiente pacífico y luminoso. Al final de la obra, el espacio es lúgubre y hediondo. La soledad funeraria y la locura se suman a una carcajada funesta, a una burla que atraerá a la muerte, una muerte que no se consuma, que se presume y que solo Ismael, el viejo profesor, desea. En esta

situación, los perpetradores son bandidos de esos “ejércitos” que han asolado continuamente al pueblo de San José hasta dejarlo en ruinas.

Con respecto a la construcción de la violencia como régimen de existencia, afirma Rojas:

[...] se puede entender la violencia como acontecimiento, que es como habitualmente se la concibe, como un hecho particular que, por ejemplo, protagoniza los titulares de los periódicos, literalmente “haciendo noticia” como un evento que interrumpe o suspende lo cotidiano. Pero también se puede pensar la violencia como régimen de existencia en el que la vida humana ha llegado a carecer de valor en sí misma. (Pesce 163)

En este sentido, la tragedia en la novela se construye día a día, pues los ejércitos se van adueñando del pueblo de San José mientras cometen sus crímenes. Además, en la obra se patentiza la afirmación de Rojas: “la vida humana carece de valor” (Pesce 164) y ese juego en donde la degradación avanza como si se tratara de un cuerpo que se descompone es el escenario en donde las tragedias menores van avanzando y sumándose unas a otras, mientras el coro trágico de los supervivientes abandona el pueblo.

Indica Rojas que “la violencia constituye lo cotidiano y es precisamente lo que resulta –olvidado– cuando se la reduce a hechos particulares, que pueden ser descritos, fechados e incluso consumidos” (Pesce 163). Al respecto, en la novela, efectivamente la violencia se hace cotidiana desde el inicio de la obra, cuando las reuniones anuales en la casa del desaparecido Marcos Saldarriaga pasan de ser un espacio de reflexión y memoria a convertirse en una fiesta para que los jóvenes bailen y se diviertan, mientras que los viejos olvidan a los secuestrados y los desaparecidos. Rosero muestra cabalmente esta situación en el siguiente fragmento:

[...] de dos años para acá, en su casa se pone música y, quíéralo o no Dios, como que la gente se olvida de la temible suerte que es cualquier desaparición, y hasta de la posible muerte del que desapareció. Es que de toda la gente se olvida, señor, y en especial los jóvenes, que no tienen memoria ni siquiera para recordar el día de hoy; por eso son casi felices. (28)

Y esa cotidianidad de la desaparición afecta al pueblo, pues van desapareciendo muchos vecinos del pueblo de los que simplemente no se vuelve a saber nada: Marcos Saldarriaga –el esposo de Hortensia–, luego Otilia, después la esposa de Chepe, etc.

En Colombia, esa cotidianidad de la violencia es común; según datos de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, más de 150,000 personas han desaparecido (ver Gutiérrez). Esa cotidianidad monstruosa, dislocada, que no se concentra en las grandes ciudades, sino que también transita en extensos territorios alejados de los centros de poder, esa cotidianidad de la gente más vulnerable es un personaje fundamental en la obra. En el marco del conflicto, supone casi una personificación para quienes, como Ismael o Geraldina, tienen que acostumbrarse a convivir entre los muertos y, víctimas de su propia esperanza, se niegan a comprender la situación que viven tras la desaparición de sus familiares.

Chihaiia sostiene que una suerte de anomia afecta de manera profunda la comprensión de los fenómenos sociales en las sociedades latinoamericanas (ver 16) y es precisamente este concepto de anomia el que se representa en la obra de Rosero, puesto que se despliega una violencia deformada en la que no se identifican ni se pueden explicar causas políticas o conflictos ideológicos para la confrontación. El cuerpo del Estado está gravemente afectado, desconectado de los individuos, y estos a su vez no pueden comprender y, por lo tanto, nombrar lo ocurrido. Un ejemplo de ello está en la denominación del conflicto civil que vivió Colombia entre 1948 y 1953 como “La Violencia”, haciendo énfasis en su carácter de entidad y no como acción. Esta anomia es la evidencia de un Estado fallido o aún inexistente, pues ante la ausencia de un Estado fuerte y concreto emergen múltiples perpetradores que se confunden entre sí, los ciudadanos se convierten en sujetos oportunistas al perder su condición de identidad social y el pueblo se ve afectado.

Tal como lo refieren Mackenbach y Ortiz Wallner: “los relatos [contemporáneos sobre la violencia] abandonan la restricción de representaciones ligadas exclusivamente a proyectos políticos y revolucionarios, así como en nombre de utopías sociales” (93). Yendo más lejos, en las producciones culturales latinoamericanas contemporáneas se representa una violencia que, en palabras de Buschmann citado por Chihaiia, se hace autotélica: se trata de una destrucción *per se*, gratuita, destruir por el simple hecho de hacerlo (ver Chihaiia 22). Esta se da en la novela de Rosero, pues los perpetradores nunca tienen un motivo expreso para la ejecución de sus crímenes, sino que estos ocurren de manera orgánica.

Esta suerte de autotelismo anómico es una característica de *Los ejércitos*, obra en la que nunca comprendemos las razones por las cuales el pueblo de San José, ese paraíso de calma y olor a naranjas donde vive Ismael, se convierte en el infierno de los muertos gratuitos y los desaparecidos. En este sentido, en la entrevista ya citada Sergio Rojas afirma:

El futuro se clausura y el presente se nos aparece como no siendo ya el primer momento de una historia por venir, sino el incierto desenlace de un pasado tremendo. He aquí el sello inédito de la violencia, ante una racionalidad humanista que persiste, pero que procede entrecomillada, como levantando en vilo su herencia ilustrada sobre un régimen desatado de facticidad. (Pesce 172)

Esta idea resulta aclaradora dado que el conflicto armado en Colombia ha alcanzado niveles de verdadero desastre. Pécaut, en su informe para la Comisión histórica del conflicto y sus víctimas, afirma que las dinámicas de este conflicto, de manera esencial, le han servido al *statu quo* para mantener su hegemonía y, para comprobarlo cita las cifras de desplazamiento interno de los campos a las ciudades y el increíble número de civiles muertos en el conflicto. Menciona, por ejemplo, que alrededor de seis millones de personas han tenido que huir –otras fuentes hablan de hasta ocho millones (ver Pécaut, “Una lucha” 666-667)– y recuerda el monstruoso número de masacres contabilizado por el Grupo de Memoria Histórica y el Registro Único de Víctimas, con la cifra de 1982 acciones de este tipo y un total de casi doce mil víctimas en el periodo comprendido entre 1980 y 2010.

En la obra de Rosero, este escenario es parte del paisaje mental narrado, es decir, el lector simplemente se va enterando de los eventos violentos que van y vienen en San José y que se van naturalizando, desde los secuestros extorsivos, hasta las desapariciones y las masacres. En esta obra, la precariedad estatal y la debilidad de las regulaciones sociales mencionadas por Pécaut (ver “Una lucha” 674) se concretan en la historia de Mauricio Rey y de los asesinatos de su esposa e hija, en los cuales participó Marcos Saldarriaga –posteriormente secuestrado y desaparecido también–. En el caso de dichos asesinatos se plantea la connivencia de los políticos y autoridades locales con los criminales:

Uno de los asesinos, detenido semanas más tarde, aceptó ser miembro de las Autodefensas de la región. Dijo que sus jefes se reunieron en tres oportunidades para planear el crimen, porque la mujer de Rey tomaba fuerza en sus aspiraciones a la alcaldía, y porque públicamente se negó a tener acercamientos con los paramilitares de la zona: el plan contó con la participación de un exdiputado, dos exalcaldes, y un capitán de la policía. (Rosero 145)

El personaje Marcos Saldarriaga encarna los grandes males que suelen afectar a los campesinos ricos –o nuevos ricos– de las zonas rurales del país, en donde los actores de violencia se asocian con los poderes locales y la connivencia con el crimen es permanente y multifactorial; es decir, Saldarriaga será la personificación hiperbólica del finquero rico que actúa como criminal de provincia con la complicidad de los actores violentos hasta que termina siendo víctima de estos últimos:

Aunque nunca se mencionó a Marcos, siempre se pensó que Marcos tenía que ver con el asunto [...] Marcos Saldarriaga el hombre invulnerable de San José, porque parecía entenderse con la guerrilla, los paramilitares, los militares, los narcotraficantes. Eso explicaba el origen de su dinero, que debía tener múltiples orígenes. (Rosero 145)

Saldarriaga muestra cómo esa perversión moral de la sociedad se expresa en quienes participan de los recursos económicos ilegales, fenómeno que alcanzó uno de sus momentos más representativos durante el reinado de terror de Pablo Escobar, jefe del cartel de Medellín, quien financió barrios enteros y obras sociales, a la vez que compraba poder político y lograba el perdón, la complicidad social y hasta la anuencia de la iglesia para sus negocios. En la novela de Rosero, Saldarriaga presenta un patrón similar:

[...] colaboró con grandes sumas en las actividades humanitarias del padre Albornoz, entregó millones al alcalde, para obras de beneficencia –que, según Gloria Dorado, el alcalde desvió en su propio favor–, millones al General Palacios, para su programa de Protección de Animales, proveyó de uniformes y avió a los soldados de la guarnición, les organizó fiestas descomunales, y empezó a comprar tierras a los campesinos, desafortado, por las buenas o las malas: daba la suma que él consideraba, y el propietario que no accediera desaparecía, hasta que le correspondió desaparecer a él mismo, quien sabe a manos de quién, de qué fuerzas el difunto maestro Claudino, que fue llevado con él, nunca comprobó, nunca supo quiénes eran, ni les preguntó. (Rosero 146)

Como lo evidencia esta cita, se trata de una violencia multimodal y poli-mórfica que Rosero no se cansa de mostrar porque en la cotidianidad del país no se deja de experimentar este tipo de crímenes inhumanos. En este sentido, la desaparición de este personaje emula a la de los “Marcos Saldarriagas” del país, que pasan de un día para otro de ser victimarios a ser víctimas:

[...] lo cierto es que Saldarriaga desapareció dejando detrás suyo un reguero de odios, pues nadie, en últimas, lo estimaba –aparte de su amante y su mujer, posiblemente–, ni siquiera sus escoltas y mayordomos, que en lugar de llamarlo Saldarriaga lo llamaban “Saporriaga”, lo que no impidió que, durante cuatro años, que el pueblo de San José se presentara cada 9 de marzo en casa de Hortensia Galindo, a dolerse de su desaparición, comer y bailar. (Rosero 146)

En la novela de Rosero, se puede ver a una sociedad pervertida e inmoral que niega al diablo mientras baila con él, que empobrecida física y moralmente por décadas de luchas intestinas se vende al mejor postor para sobrevivir, que se acostumbra al olvido de los crímenes y que tolera y propicia ese olvido a la luz de un cierto afán festivo que pretende celebrarlo todo, que encuentra siempre una excusa para fortalecer esa amnesia tan conveniente para el *statu quo*. La ficción muestra que el conflicto colombiano solo ha favorecido a las élites enriquecidas desde el origen de la república (ver Pécaut, “Una lucha” 645).

Por otra parte, es importante entender que las grandes diferencias regionales y el relieve complejo y dispar de Colombia hacen que sea un territorio fragmentado: “Lo que ocurre en Chocó o en Nariño es percibido a menudo como si ocurriera en otro país” (Pécaut, “Una lucha” 668). Esa fragmentación no solo política, sino también funcional complica excesivamente el conflicto.

En este sentido, en la lectura de *Los ejércitos* encontramos un panorama global del conflicto representado en San José como ejemplo de uno de los más de mil pueblos colombianos. En San José ocurren todas las formas de violencia, pues hay violencia física, simbólica y estructural. Esta violencia heteronómica que ataca a todos los habitantes de San José la empieza con las acciones de Saldarriaga y, como si fuera un incendio, termina llevándose a Otilia y a Chepe, cobrando la vida de Geraldina –cuyo cadáver es violado repetidas veces–, una violencia de la cual tampoco podrá salvarse Ismael.

Despunta en esta tragedia, la anomia del Estado: sus representantes más comunes –policías y soldados– se confunden con los criminales, cometen delitos y, por último, abandonan a San José y a sus escasos pobladores, a su propia suerte.

Los personajes como metáfora del país

Con respecto a los personajes de la obra, vale la pena suponer que tanto Geraldina, Otilia, Saldarriaga como Ismael son personificaciones de Colombia. El pueblo en general aparece reflejado en su espantosa ambigüedad:

Veo detrás de Chepe, varias cabezas de vecinos; algunos sonríen en silencio, al punto del chiste, porque a pesar de que estallen las balas y salpique la sangre, siempre hay

alguien que se ríe y hace reír a los demás, a costa de la muerte y los desaparecimientos. (Rosero 127)

Se hace referencia al monstruo moral del que podemos servirnos para entender el panorama social en el que ocurre la narración. Aunque no podemos saber cuál fue la intención del escritor al crear este tipo de personajes, sí podemos suponer un interés por hacer que la naturaleza del conflicto colombiano aparezca allí reflejada, un conflicto del que ya hemos hablado y que, sin duda, le da nombre a la obra.

El primer personaje del que nos vamos a ocupar es Geraldina, la exultante y hermosa mujer del brasileño y objeto de deseo, quien reúne varias condiciones problemáticas en la obra. Por su condición de mujer es violentada de todas las formas posibles: desde las violencias invisibles hasta la intromisión de Ismael y sus miradas impertinentes en su hogar. Si bien esta indiscreción del anciano profesor es casi infantil y no ofende a Geraldina, es una violencia a la que ha tenido que acostumbrarse y Otilia, quien le reclama a su marido la grosera intromisión, lo tiene claro, pues ella también ha sido víctima de tal acoso:

Cuando me habló, ya ella había presentido en la mitad de un segundo que yo no indagaba en los ojos. De pronto descubría que, como un torbellino de agua turbia, repleto de quien sabe que fuerzas –pensaría ella–, en su interior, mis ojos sufriendo, atisbaban fugazmente hacia abajo, al centro entreabierto, su otra boca a punto de su voz íntima: “Pues mírame, gritaba su otra boca, y lo gritaba a pesar de mi vejez, o, más aún, por mi vejez, mírame, si te atreves”. (Rosero 18)

Más adelante, el simple deambular de Geraldina por la calle, sus gestos al ponerse de pie, sus comentarios, van a ser interpretados en clave erótica, pero el personaje es “la conciencia inexplicable de un país inexplicable” (Rosero 37) que va a estar presente en toda la novela, en ese terrible drama humano que va a ocurrir en San José. Al final, sobre su cuerpo recae una serie de crímenes y vejaciones sin nombre, como la escena dantesca de la violación colectiva que sufre su cadáver y que Ismael observa en el cierre de la obra.

Por su parte, Otilia, la esposa, amiga y pareja de Ismael, se preocupa por el orden moral de su esposo y del pueblo en general. Su desaparición arruina la salud mental de su marido y hace que Ismael se convierta en un espectro y que viva así hasta el final de sus días: “No se ha caído el mundo, profesor –dice uno de los que se reía. –Y tú qué sabes –le digo–, a ti no se te ha caído el mundo, a mí sí” (Rosero 128). Esta desaparición –situación que en Colombia ha sido padecida y documentada para por lo menos 150,000 personas, según datos de la CHCV– es una práctica protagonista en la novela de Rosero: la sufre Saldarriaga, con quien se inicia la obra; luego Otilia, en cuyo caso se da el *momentum* de la novela; y posiblemente también Ismael, cuya desaparición se insinúa en la conclusión.

El pueblo aparece enunciado en personajes muy distintos entre sí: Oye, el padre Alborno, “Chepe”, Mauricio Rey, el médico Orduz, los hijos de Celmiro, los grupos de campesinos que huyen o los habitantes del pueblo que le insisten a Ismael para que se marche también. En todos, las distintas violencias se

expresan continuamente, de manera tal que el pueblo de San José se convierte en un lugar de puros espectros, en el que identificar entre vivos y muertos es imposible.

El papel del Estado y el Estado como personaje

Uno de los elementos que más llaman la atención acerca del conflicto reflejado en la novela de Rosero es el papel inexistente, fracasado y ambiguo del Estado colombiano y sus instituciones frente a los ciudadanos. Al respecto, el título de la obra ya nos cuenta sobre varios grupos armados, varios “ejércitos”, que atacan a los pobladores. Estos ejércitos son de todas las orillas y órdenes posibles, es decir, queda claro que el dominio de la fuerza armada no está bajo el poder del Estado, sino de los particulares.

Los investigadores Orlando Fals Borda, Germán Guzmán Campos y Eduardo Umaña Luna llaman a esto “agrietamiento estructural”, un estado de cosas en el que la legitimidad oficial se ha perdido, difuminada en actos de corrupción sin nombre que desangran las arcas públicas en cada gobierno:

[...] esa fractura en la que los ciclos de violencia y terror se han venido repitiendo así con autores redivivos que apenas cambian de nombre o apelación, pero que siguen perpetrando los mismos crímenes, desde casi los comienzos del siglo XX. (16)

Esta situación se corrobora con el asesinato del maestro Claudino, el drama de Otilia y de Saldarriaga, el asesinato de la esposa e hija de Mauricio Rey, así como lo ocurrido con la familia de Chepe.

La pérdida de credibilidad en las figuras de autoridad pública como el alcalde, el jefe de la Policía y el comandante del Ejército es uno de los golpes más fuertes para la población civil, que será víctima no solo de los criminales de la guerrilla, los paramilitares o la delincuencia común, sino además de las fuerzas armadas del Estado. Lamentablemente, lo que Rosero cuenta como una ficción puede ser difícil de creer, o incluso de comprender, para lectores provenientes de otros lugares, es una realidad en Colombia. Tal como lo afirman Fals Borda, Guzmán Campos y Umaña Luna:

En primer lugar, el ciudadano campesino se distanció del Estado, porque fue destruido en nombre del Estado, por hombres del Estado, y con armas del Estado. Además, la impunidad afianzó en el conglomerado agrario la certeza en la ineficiencia de la justicia. (322)

En la narración, Ismael vive esta misma situación al ser testigo de la barbarie que se comete cuando atacan al pueblo y el jefe de la Policía, el Capitán Berrío, asesina a varios ciudadanos con la tranquila convicción de que nadie reclamará por los crímenes y que nadie lo juzgará:

Ya tenía fama su carácter, la cabra Berrío lo tildan sus hombres, a sus espaldas: apuntó al grupo y disparó una vez; alguien cayó a nuestro lado, pero nadie quiso saber quién, todos hipnotizados en la figura que seguía encañonándonos, ahora desde otro lugar, y disparaba, dos, tres veces. Dos cayeron, tres. Los soldados ya rodeaban a Berrío, a

tiempo, y este enfundaba la pistola y daba la espalda, saltando al jeep y retirándose de la plaza. (Rosero 96)

Esta escena, por ilógica y exagerada que pueda parecer, es la verdad de muchas situaciones en las que se ha visto involucrada la fuerza pública en Colombia. Otro ejemplo del desgreño estatal y la autoridad perdida se encuentra en la detallada escena de la evacuación de los animales del general Palacios, un militar con predilección por los animales: “Desde la llegada de este general, a quien casi nunca vimos, nos enteramos de que se ha dedicado en cuerpo y alma a formar un zoológico; un zoológico que nunca conocimos” (Rosero 164).

A partir de esta última escena, se puede trazar el paralelo entre los intereses de este militar de alto rango con los de Pablo Escobar, el gran narcotraficante de los ochenta, cuyos vínculos con el Estado fueron tan estrechos, que incluso lo llevaron a ser congresista. Esta comparación puede ser entendida como una denuncia de la corrupción del Ejército Nacional, sus relaciones con el narco y la poca importancia que tiene el pueblo en el imaginario del general, para quien son más importantes sus animales que los ciudadanos a los que juró defender.

Llama la atención la ausencia de cualquier referencia al aparato judicial y la inexistencia de este en San José. Es una realidad abrumadora en muchos “San Josés” que se extienden por el territorio colombiano, pueblos en los que no hay ni jueces ni fiscales, en donde no existe el Estado. En este escenario, la ausencia de un aparato estatal que garantice el respeto de las condiciones básicas de la vida social obliga a los ciudadanos a dejar de lado los condicionamientos morales que configuran la noción de ciudadano y a regirse por una supervivencia a “cualquier precio” y, por tanto, a abandonar a padres y hermanos, dejar los bienes y huir para salvar la vida. Tal como lo advierte Baird para el contexto colombiano:

Quando los pandilleros “van a la guerra”, no solamente defienden su territorio y sus intereses económicos, sino también la identidad colectiva del grupo, su prestigio, su estatus social y su hombría lo que, en últimas, los protege de las múltiples amenazas de la exclusión y su emasculación asociada. (41-42)

Volverse “malo” para salvar la vida será la condición regular de los jóvenes que prefieren la pandilla y la violencia en lugar de la muerte o la huida. De esta forma, el crimen es una forma para continuar con vida.

Conclusiones

La novela *Los ejércitos* de Evelio Rosero se constituye como una obra de gran relevancia para la comprensión tanto de la historia de la literatura colombiana de los siglos XX y XXI como de la sociedad. Es un documento importante para la comprensión del fenómeno social creado por el conflicto armado interno que ha sufrido el país desde la segunda mitad del siglo pasado. La obra le permite a un lector atento, conocer y reconocerse en el drama de esa Colombia profunda que vive una guerra desmedida, la carencia de un Estado que garantice los

principios básicos de la vida y la corrupción e inexistencia del aparato judicial que permita la convivencia.

Esta obra nos ofrece una vista del tránsito hacia la oscuridad, a través de la historia de un par de ancianos a quienes se les arrebató el derecho a una vejez digna y tranquila, puesto que su vida entera es arruinada. Sobre Ismael recae el drama de la pérdida de la tranquilidad del pueblo de San José –atacado por agentes violentos– y la pérdida de su esposa Otilia –desaparecida en uno de esos ataques–, así como los fallos de memoria a raíz de dicha pérdida.

Ismael representa un orden social de lo público que admite ambigüedades e infracciones morales ligadas restringidas a un imaginario sobre la mujer y a una sexualidad reprimida. Otilia, por su parte, representa la moral conservadora y cristiana de la sociedad; con su desaparición durante el ataque de un ejército anónimo, la memoria de Ismael sufre. Los actos de barbarie a los que es sometido este anciano cubren todos los aspectos de su ser: sufre de hambre porque no recibe desde muchos meses atrás su pensión y, con la desaparición de su esposa, pierde totalmente su equilibrio y tranquilidad. Víctima de todos los males de la Colombia rural, Ismael no solo vive la violencia en carne propia, sino que ve cómo van matando, uno a uno, a sus amigos y conocidos. Es testigo de violaciones a los derechos humanos básicos, crímenes de lesa humanidad y del abandono factual del Estado. Cuando los representantes de la autoridad –pervertidos por el dinero del narcotráfico o desquiciados por el poder como el capitán Berrío– cometen abusos, no hay ante quién presentar las denuncias correspondientes.

Por último, *Los ejércitos* es una obra relevante para entender el conflicto colombiano porque –lejos de la exageración macondiana de otros días– se presenta como un ejemplo de esa guerra sin nombre que vive el país suramericano y pasa de la simple descripción del hecho violento a enfocarse en el drama mental de la guerra y sus devastadores efectos. Es la gran novela de la desesperanza y el miedo que viven y sufren muchos de los habitantes de esa Colombia profunda que continuamente es ignorada.

Obras citadas

- Baird, Adam. “Convertirse en el más malo: trayectorias masculinas de violencia en las pandillas de Medellín”. *Estudios Socio-Jurídicos* 20.2 (2018): 9-48. Web.
- Chihaiia, Matei. *La violencia como marco interpretativo de la investigación literaria*. Tübingen: Narr Francke Attempto Verlag, 2019. Impreso.
- Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Ediciones desde abajo, 2015. Impreso.
- Fals Borda, Orlando, Germán Guzmán Campos y Eduardo Umaña Luna Eduardo. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus, 2020. Impreso.
- Gutiérrez, Francisco. “¿Una Historia Simple?” *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Bogotá: Ediciones desde abajo, 2015. 521-561. Impreso.

- Mackenbach, Werner, y Alexandra Ortiz Wallner. “(De)formaciones: violencia y narrativa en Centroamérica”. *Iberoamericana* 8.32 (2008): 81-97. Web.
- Padilla, Iván. “Los ejércitos: novela del miedo, la incertidumbre y la desesperanza”. *Literatura: teoría, historia, crítica* 14.1 (2012): 121-158. Web.
- Pécaut, Daniel. *La experiencia de la violencia: Los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta Editores E.E. 2015. Impreso.
- Pécaut, Daniel. “Una lucha armada al servicio del statu quo social y político”. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Ediciones desde abajo, 2015. 627-675. Impreso.
- Pesce, Franco. “La voluntad de no entender. Entrevista con Sergio Rojas”. *Lingüística y literatura*, 74 (2018): 159-172. Web.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999. Impreso.
- Rosero, Evelio. *Los ejércitos*. Barcelona: Tusquets Editores, 2007. Impreso.
- Spiller, Roland, y Thomas Schreijäck. *Colombia: memoria histórica, posconflicto y trans migración*. Berlín: Peter Lang, 2018. Impreso.